Lecturas

Más es más

Rodrigo Olay, juventud con mucho oficio

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

Pocas veces al buen lector de poesía le habrá sorprendido tanto un primer libro como **Cerrar los ojos para verte**, de **Rodrigo Olay**. Aparece cuando el autor tiene veintidós años, comenzó a escribirse cuando tenía dieciséis, y no hay en él nada del desbordamiento sentimental, de la nebulosa rebeldía, de los tropezones con la sintaxis y la sindéresis, de la ingenua y torpe gracia que esperaríamos en un poeta de esa edad. Tampoco encontramos ningún involuntario mimetismo, ningún dejarse llevar por una voz ajena, aunque al lector apresurado le pueda parecer lo contrario, ya que pocos textos no sirven de pretexto para un deliberado homenaje.

Comienza y termina el libro con un ejercicio erudito que aúna erudición y buen humor. El prólogo lo firma un apócrifo **Gonzalo de Berceo** y está escrito en la monorrima cuaderna vía y en un remedo del castellano medieval. Ya el adolescente **Rubén Darío** hizo algo semejante parafraseando la historia de la poesía española desde sus arcaicos balbuceos. Y Rubén Darío (también **Baudelaire**) no deja de estar presente en este poema circunstancial que ya sirve para marcar distancias con cualquier otro principiante.

El epílogo, «Appendix probi», podría haberlo escrito un **Jorge Luis Borges** que hubiera leído a **Víctor Botas** y fuera un buen conocedor de la poesía española contemporánea. Hacen falta muchas lecturas para desentrañar todas las claves de la bibliografía, una pieza satírica que no habría desentonado en las crónicas de Bustos Domech.

De las muchas y bien asimiladas lecturas de Rodrigo Olay no nos queda ninguna duda: aquí están **Antonio Machado** (en el comienzo de «Constantes vitales» y en el soneto a él dedicado), Víctor Botas («Historia antigua»), **Gil de Biedma** («¿Existe una razón para volver?», «Canción de aniversario», «Según sentencia del tiempo»), **Javier Almuzara** («Por la secreta escala», «L'amour de loin»), **Vicente Gaos** («porque si Dios no existe, existes tú», escribe Olay; «existe al menos tú, si Dios no existe», Gaos), **Omar Jayyam** («Amor que no devasta no es amor»), **Lope de Vega** («Cuando es amor, quien lo probó lo sabe»), **Juan Manuel Bonet** («La patria oscura»), Borges («A un poeta menor de 1989» y un poco, acá y allá, por todas partes), **Kipling** («Soldado cobarde»), **Miguel d'Ors** («Fatvm»)… Cito solo, al pasar de las páginas, las referencias más evidentes. En unos pocos casos se explicitan en el título: «Apostilla a un haiku de Aurora Luque», «Con Pedro Salinas, contra Santa Teresa».

El lector apresurado, ya lo dije antes, podría pensar que nos encontramos solo ante un brillante ejercicio escolar. Si fuera así, no sería poco. Resulta escasamente habitual que el poeta que comienza a dejar de ser inédito demuestre que conoce bien su oficio, que ha hecho los deberes. Rodrigo Olay no ignora los secretos de la métrica, jamás se le escapa un verso mal medido o un acento fuera de sitio (aunque en algún caso quiera aparecer cuidadosamente despeinado).

Pero la sorpresa mayor que nos ofrece **Cerrar los ojos para verte** es encontrarnos con un puñado de poemas sabios y verdaderos, que nos asombrarían y conmoverían igualmente aunque no supiéramos la edad de su autor. Son poemas que podrían figurar en cualquier antología de la poesía española actual, y que sin duda están destinados a permanecer en las antologías.

En algunos casos se trata de textos breves, como algunos de los haikus y cantares o, muy especialmente, los epitafios de «Según sentencia del tiempo». El modelo es menos la **Antología palatina** (aunque también) que Kipling y Borges. No desmerece, junto a sus maestros, la memorable concisión emocionada de más de unos de estos epigramas.

Rodrigo Olay.

> En **Cerrar los ojos para verte** encontramos un puñado de poemas sabios y verdaderos

Si en «El manco» tantea Olay la técnica de engaño-desengaño estudiada por Bousoño en su **Teoría de la expresión poética** (el poema nos hace creer que nos habla de Cervantes hasta que el último verso nos descubre que se trata de un personaje de **La guerra de las galaxias**), en el poema «Operación triunfo» la lleva a la perfección. Todo el poema parece que nos cuenta el auge y caída de una estrella del rock. Acá y allá se van dejando algunas pistas («empeñado en cargar su cruz a cuestas»), pero solo el último verso (más la palabra final del penúltimo) nos desvelará quién habla y de quién habla.

Otros poemas que merecen subrayarse: «La verdad en el arte es la belleza» («Pero no acostumbrarme, pero nunca / olvidar el milagro»); «El retrato», soneto alejandrino («Una sombra se escurre sobre aceras mojadas…»); «Fatvm», sobre lo que habría ocurrido «si Aquiles no se hubiera ido a la guerra»; algunos de los poemas de amor…

La mayoría de los primeros libros, incluso cuando no se trata de un prematuro borrador, valen más que por ellos mismos por lo que permiten intuir de lo que el autor podrá llegar a ser. **Cerrar los ojos para verte** nos asombra por lo que su autor ya es.

Cerrar los ojos para verte

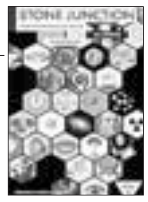
Rodrigo Olay
Premio Asturias Joven de Poesía
Editorial Universos. Mieres, 2011.

La brújula

EUGENIO FUENTES

1

Stone Junction



Una epopeya alquímica
Jim Dodge
Prólogo de Thomas Pynchon
Alpha Decay, 542 páginas, 20 euros

Si no quiere parar, no empiece

Esta novela no es normal. Es una máquina, un artefacto que al estallar se desparrama en historias, tramas, subtramas, cada una mejor que la anterior. Así que si no la han leído, conviértanla ya en su próxima lectura prioritaria. Porque en esta maravilla de **Jim Dodge** (1945), en puridad una novela de iniciación, hay mucha carretera, tahúres, maestros espirituales, gente que se vuelve invisible, bombas y hasta un diamante espectacular. Al conocimiento por la aventura pura y dura.

2

La excursión

Beryl Bainbridge
Ático de los Libros
254 páginas
18 euros

Reírse puede ser muy instructivo

Cuando la lujuria –una rubicunda inglesa de cien kilos– y la timidez –su apocada amiga que la sigue como una sombra– se dan la mano en una vinatería inglesa regentada por italianos, el resultado sólo puede ser, de entrada, la hilaridad. Pero si, además, la autora es **Beryl Bainbridge** (1932-2010), entonces ya sabemos que las carcajadas van a tener el regusto de una disección social ejecutada con mano maestra. Quienes hayan leído **La cena de los infieles** saben que no exagero.

3

Livingstone nunca llegó a Donga

Alfonso Vázquez
Prólogo de Luis Alberto de Cuenca
Rey Lear, 136 páginas, 10,40 euros

Enciclopedia de un humor negro

Nacer hombre en Donga conlleva obligaciones como vestir de mujer hasta los 45 años. Porque Donga, diminuto reino republicano del corazón de África, es un matriarcado anegado por las aguas. De ahí que su gastronomía gire en torno a diversas preparaciones del arroz. **Alfonso Vázquez** (1970), que ya demostró con **Viena a sus pies** su dominio de un registro humorístico emparentado con **Jardiel**, conoce tan bien Donga que lo ha transformado en toda una enciclopedia.

4

Puedes pisar mis ojos

Un retrato del Irán actual
Serge Michel / Paolo Woods
Alianza
260 páginas, 19 euros

Retrato en alta definición

Puedes pisar mis ojos es el modo en el que los iraníes dicen «bienvenido a esta casa». El periodista **Serge Michel** y el fotógrafo **Paolo Woods** se tomaron en serio la invitación y, tras cinco años de viajes, han compuesto este macrorreportaje para que los lectores puedan conocer el pulso cotidiano de un país y una población ocultos al mundo por los turbantes negros de los ayatolás. Más allá de las proclamas políticas, el retrato en alta definición de una sociedad muy compleja.